



De cómo el aprendizaje de la Historia del Cine se enfrenta a numerosos problemas

Áurea Ortiz Villeta

*Profesora de Historia del cine en el Departamento
de Historia del Arte de la Universidad de Valencia*



En un mundo en el que se habla constantemente de globalización y de sociedad de la información, los niños y adolescentes no estudian imagen en colegios e institutos. Les enseñan qué es un endecasílabo, una sinalefa o un hiperbatón, saben hacer integrales y derivadas, pero no tienen ni idea de cómo se construye una imagen. Teniendo en cuenta que estamos rodeados de imágenes por todas partes y que son, para casi todos, la única fuente de información y acceso a lo que no es estrictamente su mundo familiar y escolar, habrá que llegar a la conclusión de que estamos creando auténticos analfabetos audiovisuales. Perfectos consumidores sin criterio ni formación (claro que a lo mejor de eso se trata. En fin...). La queja de que la formación que reciben nuestros niños no es la adecuada para el mundo actual, con los grandes cambios que se han producido en las últimas décadas, no es nueva ni será la última. Parece que el sistema español de enseñanza es lento y a veces impermeable a los cambios y se aferra a lo tradicional con un esmero digno de mejor causa. Por lo que respecta al mundo de la

imagen la situación no es nada halagüeña. Intelectuales que se jactan de no gustarles el cine, formadores que son incapaces de manejar un video: el mundo audiovisual no goza de prestigio cultural. La historia del cine se ha convertido en disciplina universitaria no hace mucho tiempo. La última reforma universitaria, cuando se implantó el sistema de créditos en la universidad española, incluyó una “Historia del cine y otros medios audiovisuales” como asignatura obligatoria en las carreras de Historia del Arte y estableció en varios distritos la carrera de Comunicación Audiovisual. Hasta ese momento alguien interesado en el cine podía estudiarlo en muy pocos sitios. Esa tardanza en aparecer en los planes de estudio universitarios obedece a una única premisa: el cine y la televisión no parecen dignos de ser estudiados. Ésa es la actitud por ejemplo de muchos profesores de historia del arte que han tenido que soportar cómo en sus planes de estudio aparecían asignaturas de cine; miran por encima del hombro y con suficiencia a los que ejercen dicha disciplina y muchos no tienen empacho en reconocer que no saben nada

de cine. Podemos escandalizarnos, pero no vale la pena. Intentar hacer entender que hay que superar divisiones antiguas e inoperantes y que es necesario hablar de una historia de las imágenes o de la cultura, que no se pueden explicar las vanguardias artísticas de principios de siglo sin hablar de cine, que no podemos estudiar a Andy Warhol sólo como pintor o yendo más allá, que no hay manera de entender el siglo XX sin tener en cuenta la inmensa influencia del cine primero y la televisión después, no es tarea fácil.

Vayamos a lo práctico. ¿Qué debe hacer el profesor de historia del cine que cuando llega al aula universitaria se encuentra con que la mayoría de los alumnos no tiene ni idea de esa materia? El profesor tiene a su favor una cosa: la curiosidad de los alumnos por ver cómo diablos se puede estudiar eso que ellos ven ruidosamente algún fin de semana en un cine de las afueras comiendo palomitas, mientras corean los mamporros de Schwarzenegger. Tiene en contra muchas más: aulas inadecuadas (ya se sabe, un video y una pantalla siguen pareciendo objetos exóticos en el mundo cultural), una cantidad de horas en la asignatura completamente insuficiente si se tiene en cuenta que solamente ver un film requiere dos horas lectivas, y el hecho innegable de que el 90% de los estudiantes no ha oído hablar jamás de Fellini, Howard Hawks o la Nouvelle Vague. Esto último no es culpa de los alumnos. Tienen todo en contra desde que comienzan el colegio para poder llegar a esos conocimientos: no tienen acceso posible a las películas, nadie les habla de ellos a menos que provengan de una familia mínimamente cinéfila y además nadie les ha dicho que es importante para entender su mundo actual. Pero aún queda otro escollo, que es en realidad el motivo de este artículo. No existen manuales de historia del cine en el mercado. Ni buenos, ni malos. Los libros de cine o de imagen en general que se publican en España y que son bastantes y cada vez más, se dividen más o menos en dos categorías. Libros para cinéfilos y libros para especialistas. La primera categoría incluye biografías de actores, libros de fotos y glamour, anecdotarios, comentarios y críticas periodísticas. Siendo generosos digamos que hay un cierto bagaje informativo en algunos de ellos, pero ninguna reflexión. Además ya sabemos que con la cinefilia y la mitomanía no vamos a ninguna parte,

excepto al programa de Garci en TVE. Entre los libros para especialistas encontramos estudios teóricos de autores o películas, planteados desde los más diversos puntos de vista: historicismo, semiótica, psicoanálisis, narratología, sociología, feminismo, etc. También hay estudios sobre periodos o momentos concretos, generalmente muy eruditos y prolijos, que establecen con claridad la secuencia de datos y acontecimientos; son trabajos importantes y básicos que funcionan como puntos de partida para llevar a cabo otro tipo de estudios. En estos libros para especialistas, hay, obvio es decirlo, obras magníficas, útiles para profesores y teóricos, pero desde luego no para un alumno que se acerca por primera vez al mundo del cine.

Habíamos dejado al profesor en el aula con su heterogéneo grupo de alumnos a la espera de comenzar su clase. En primer lugar, tiene que dar un programa, lo cual resulta bastante sencillo de plantear teniendo en cuenta que es una asignatura muy básica y que no hay mucho donde elegir. Bastará con que cubra unos mínimos, consistentes en que al acabar el curso los estudiantes puedan periodizar más o menos la historia del cine (al fin y al cabo solo es un siglo, menos mal); conozcan y hayan visto aunque sólo sea un fragmento de algunos de los principales films y autores y dispongan de una mirada histórica global y un bagaje técnico, teórico y estético con el que poder enfrentarse por sus medios a las imágenes que verán a partir de ese momento. Con el programa, naturalmente, el profesor dará un bibliografía. Y aquí surgen inmediatos problemas. Busca con ahínco un manual de historia del cine que lleve esos mínimos y sea un instrumento adecuado para un joven recién llegado a la imagen. No lo encuentra. No existe. Ante la tesitura, no le queda más remedio que recomendar la *Historia del cine* de Román Gubern, un libro estupendo, sin lugar a dudas, pero no un manual universitario. Lo demás son grandes enciclopedias o colecciones de varios libros como la *Historia del cine* publicado por Cátedra en formato de libro de bolsillo, pero en varios tomos en función de épocas o países. Si nuestro voluntarioso profesor decide además dar bibliografía de los diversos periodos de la historia del cine no hay solución. Este sí que es un verdadero vacío editorial. En el campo de la historia y de la historia del arte estamos acostumbrados a

manuales de gran calidad y utilidad del tipo “Conoce el arte del Renacimiento” o “Las claves del Barroco” etc., escritos por los mejores especialistas y orientados al estudiante que necesita una mirada global y totalizadora con la que luego pueda ampliar y profundizar lo necesario. No existe nada semejante en nuestra disciplina. Los especialistas no parecen estar preocupados por el desvalimiento editorial de los estudiantes, y siguen empeñados en realizar trabajos que, la mayoría de las veces, solo serán leídos por sus colegas. Por contra, sí existen en el mercado dos muy buenos manuales, insustituibles, de estética y teoría. Uno es el libro de Jacques Aumont, Michel Marie, Marc Vernet y Alain Bergala, *Estética del cine*, del que existen varias ediciones ya y el otro es el monumental *El arte cinematográfico* de David Bordwell y Kristin Thompson, libro magnífico, pero al alcance de muy pocos bolsillos de estudiantes. Se trata de dos traducciones de autores que podemos considerar como parte del *dream team* de los investigadores y teóricos que se mueven en el mundo del estudio de la imagen. Hacer manuales para sus propios estudiantes (así nació *Estética del cine*), no les impide continuar su importante labor teórica y publicar sesudos y apasionantes estudios para otro tipo de público. Afortunadamente un autor español se ha atrevido no hace mucho a realizar un manual orientado a la enseñanza y además lo ha hecho bien. Se trata del libro de Vicente Benet, *Un siglo en sombras. Introducción a la historia y la estética del cine*, editada por Ediciones de la Mirada. Que cunda el ejemplo. Tampoco hay monografías adecuadas de los principales directores. Hay muchas biografías sí, pero no ese libro que facilite, de manera certera y eficaz, un buena guía para orientar al estudiante en la obra de un autor. Ante este panorama, nuestro profesor imaginario se ve en la necesidad de dar una bibliografía con muchos fragmentos de libros y un montón de explicaciones y matices. La mirada global la tiene que poner él. Se me rebatirá que esa es su obligación. Sin duda, pero estoy absolutamente convencida que tanto el profesor como los estudiantes agradecerían algún tipo de guía impresa a donde acudir en caso de duda o para preparar trabajos y exámenes.

Una puntualización. Cualquier libro de historia del cine se enfrenta a un problema irresoluble. Las ilustraciones. Las películas no son

fotografías, sino imagen en movimiento. Un libro de arte puede acompañar la explicación con una ilustración de la obra que permite al lector verificar los asertos y la información que le facilita el texto. En un libro de cine, la aparición de un fotograma de una película, es decir, la congelación de la imagen, está falseando y saboteando desde su propia base el objeto de estudio. Una obra cinematográfica no existe sin el tiempo. Esto se ha intentado solventar con mejor o peor fortuna desde el principio, pero nadie garantiza que el lector pueda acceder con facilidad a la película de la que se le habla. Aunque el video tiene ya unas cuantas décadas de existencia muy pocas veces se ha planteado su utilización para estos menesteres. Hoy en día, los medios informáticos y los nuevos soportes pueden facilitar algo la labor. El Cd-Rom permite incluir secuencias y desarrollar los análisis que el autor considere pertinentes. Si hablamos de imagen, nada mejor que ofrecerla. Sería deseable que se generaliza el uso de este tipo de materiales de estudio, aun teniendo en cuenta el gran problema que supone el acceso a los derechos de reproducción de las películas.

La palabra manual tiene mala prensa. No es “moderno” y parece remitir a un tipo de enseñanza autoritaria e inflexible. Una pobre excusa. El manual será bueno o malo, útil o inútil, según el o los que lo construyan decidan. Si la mirada del autor es autoritaria, incompleta, incorrecta o simplemente despreocupada tendremos un mal libro. Si no, si verdaderamente se plantea las necesidades reales del alumno, las carencias existentes en su formación y el papel que debe jugar ese libro como introducción a una materia, lo hará bien. Todos los estudiantes necesitan buenos profesores pero también buenas herramientas bibliográficas a las que acudir. Muchos de los profesores que nos dedicamos a la historia del cine nos hemos formado en la historia del arte y hemos padecido malos manuales. Pero algunos buenos nos han guiado de manera tremendamente útil muchas veces. Seguro que seremos capaces de darles a nuestros alumnos aquello que queríamos para nosotros cuando estudiábamos.

